

Prólogo

RUBIELA ARBOLEDA GÓMEZ*

En el acercamiento al libro *De emociones, agencia y adicciones. Entre la destrucción y la esperanza* me han asaltado inquietudes como estas: ¿qué es una adicción?, ¿qué significa ser una persona con adicción?, ¿qué adicciones se legitiman y cuáles son sancionadas?, ¿qué mueve a la estigmatización y a la invisibilización de prácticas que pueden denominarse adictivas?

Los capítulos aquí reunidos ofrecen pistas para responder a estas y otras preguntas, y dan cuenta de las dimensiones que rodean a las subjetividades rotuladas como adictos y sus acciones. Dulce María Valencia Vega, Elba Noemí Gómez Gómez, Sofía Cervantes Rodríguez, María del Pilar Rodríguez Martínez, Pedro Briones Casillas, Eugenia Catalina Casillas Arista, Casimiro Arce Arriaga y Frida de la Paz Avila plantean alternativas terapéuticas, académicas, institucionales y comunitarias para comprender la problemática en su densidad social y pública. He podido identificar resonancias en su discurso que permiten trazar líneas de fuerza que atraviesan el texto de dos modos: por un lado, perfilan la adicción desde sus constitutivos; por otro, proponen estrategias para la atención de esta. Las trayectorias y discusiones de quienes escribieron este libro lo avalan en calidad de aporte transdisciplinar a las reflexiones en torno a la tensión entre las adicciones y las emociones.

Ahora bien, quisiera aprovechar la oportunidad que me han brindado de prologar este texto para ofrecer una perspectiva que dialoga con lo expresado por sus autoras y autores. Parto de la convicción según la cual, los seres humanos somos una construcción social y cultural. No hay humanidad por fuera de la cultura y de la sociedad. Decir “humano” es, de hecho, aceptar la inscripción en espacios, tiempos, contextos y grupalidades que proporcionan una existencia. Mi presencia, mi condición, mi realidad están mediadas por lo otro y los otros que me hacen existir.

En esta perspectiva, la cultura y la sociedad tejen una trama compleja de la que es difícil prescindir y se nos ofrece como un agregado de maniobras de control —planes, recetas, fórmulas, reglas e instrucciones— que gobiernan la conducta a la manera de “programas culturales”, los cuales ordenan y dirigen la vida de los individuos y del colectivo. Cultura y sociedad son hilos, muchas veces invisibles, que se traducen en códigos éticos de la vida colectiva que sustentan de forma tácita la cotidianidad. Así, el sujeto, su cuerpo y sus emociones son el resultante del paso por este dispositivo, que es articulado y movido por un deber ser, por una idealidad que se erige como ruta única y segura hacia una vida feliz.

* Doctora en Estudios Científicos Sociales por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). Actualmente, es doctorante en Filosofía por la Universidad Pontificia Bolivariana. Se ha desempeñado como profesora en la Universidad de Antioquia. Su reflexión académica y labor investigativa han estado centradas en la relación cuerpo-cultura y sociedad. Es autora de múltiples publicaciones nacionales e internacionales entre las que destaca: *Voces del territorio. El cuerpo en el Centro de Medellín* (2019).

Se espera que de seguir el plan sociocultural previsto, cada uno encuentre un universo armónico, ordenado, pleno de experiencias gratas y, ¡cómo no!, caracterizado por emociones valoradas de manera positiva por la hegemonía rectora, conducentes a la conformidad, la prosperidad, la comodidad, la tranquilidad, la salud y la paz. En suma, se trata de un mundo emocional positivizado, prescrito, que se presenta como una promesa esperanzadora la cual promueve el sacrificio, el sometimiento y la entrega a expensas del control del gozo, el placer y el deseo. El humano de esta propuesta sociocultural está poseído por el bien; empero, en cada uno de nosotros habita lo malo y lo bueno, así como lo bello y lo feo.

Idealidades, regulaciones y controles constituyen formas de tiranía amparadas, en la actualidad por el proyecto capitalista occidental, un proyecto duro, lineal y estructurado de tal manera que en ocasiones no logra dar sentido a la vida de la totalidad de quienes integran la comunidad. Tal designio se edifica sobre el trabajo, la productividad y el estatus social; de ahí que el ocio, el disfrute, la gratuidad y las emociones asociadas a estos se sancionen por ir en contra de la ordenanza establecida.

Aquellas emociones que ponen en riesgo la expectativa sociocultural resultan dudosas: la alegría, la tristeza, la desazón, el desasosiego, la insatisfacción e incluso la curiosidad por otras formas de vida caen bajo sospecha y reclaman vigilancia y sanción. En consecuencia, no es factible salirse de los límites, y en ciertos momentos es necesario ser funámbulos, lo que en este contexto significa atravesar las circunstancias en una cuerda floja tendida entre el precepto y el deseo.

Estas emociones y quienes las portan desafían el mecanismo descrito, lo cual impulsa la tendencia a la patologización de los sentimientos: “¿Tristeza? No, es depresión”, entonces tratamiento; “¿Alegría, entusiasmo, euforia? No, es hiperkinesis”, entonces tratamiento; “¿Inconformidad, inquietud, insatisfacción? No, es neurosis”, entonces tratamiento. Sin embargo, las emociones también forjan adicciones, pues se puede ser dependiente de la tristeza, de la ira, del amor. Dulce María Valencia Vega manifiesta en su escrito que en la actualidad (2024 —tercera década del siglo XXI—) se habla de nuevas adicciones o adicciones comportamentales, las cuales amplían las dificultades en razón tanto de la intervención como de los enfoques que tutelan los debates y los análisis al respecto.

Por su parte, Pedro Briones Casillas nos dice que el adicto es un ser hipersensible, lo que indica que también hay límites en las emociones, topes que, si se sobrepasan, pueden ser insoportables para uno mismo y para los demás. Así las cosas, las emociones que pueden vulnerar el ideal del ser humano inscrito se tornan enfermedades, las cuales se procura erradicar. Al respecto, es importante la apuesta de Sofía Cervantes Rodríguez, toda vez que destaca el potencial de las emociones en la comprensión y en las mediaciones de quienes ahondan en la adicción.

Piénsese en la cultura y la sociedad como un cajón con paredes que delimitan, moldean y contienen. Entonces, quienes no se ajustan al tamaño adecuado se desbordan, no caben, y en consecuencia, se eliminan. Los escenarios del encierro —llámense cárceles, manicomios o, en algunas ocasiones, unidades de desintoxicación, o aquellos sin paredes como las calles— por lo tanto, son la alternativa preservadora del orden: albergan el desecho de personas despojadas de sus emociones, sus historias y sus sueños, toda vez que no facilitan el progreso, la “planitud”, la armonía. Y desde luego, despojados asimismo de la capacidad de agencia, la cual, como lo expone Elba Noemí Gómez Gómez, se ignora en los afanes por corregir la evidencia de la insubordinación y se encubre como rasgo amenazante de lo instituido.

La cultura puede verse como un pentagrama en el que las notas, por maravillosas y diversas que sean las melodías que producen, se disponen en líneas rectas que ofrecen rutas estrictas y también límites; por esto, no es admitida ninguna nota por fuera de ese pentagrama: aquellas que se saltan la barda no existen. ¿De dónde surgieron?, ¿qué quieren decirle al mundo?, ¿qué proponen? Respuestas que a nadie interesan, dado que se formulan por fuera del esquema, desde la marginalidad.

Cultura y sociedad disponen de un formato cifrado de comportamiento que incluye un cuerpo y unas emociones que permiten señalar quién entra y quién no, así como quiénes somos y quiénes no somos. Cultura y sociedad son, pues, avales en los que la identidad se configura, se llena de contenidos y se obtiene un lugar en la comunidad. No obstante, esta identidad entraña la paradoja entre la inclusión y la exclusión, determina la funcionalidad o la disfuncionalidad de las personas, desde el punto de vista social... he ahí el criterio de pertenencia.

Ahora bien, la arista sociocultural no desconoce la existencia de constitutivos antropológicos, es decir, de características que nos hacen humanos, como por ejemplo, el abanico amplio y elaborado de emociones. Pero qué desencadena una emoción, cuándo se puede exhibir y cómo se tramita son asuntos que tienen todo que ver con los contextos. Todos lloramos, pero ¿cuándo?, ¿cómo? y ¿por qué?; ¿cuándo está bien o mal visto llorar? De igual manera, todos reímos, pero ¿cuándo una carcajada es permitida? Los detonantes de las emociones no son universales; por el contrario, como lo manifiesta Cervantes Rodríguez, las emociones nos otorgan singularidad y construyen la propia historia.

Mientras más esté inscrita determinada grupalidad en la dinámica civilizatoria, más se pondrá a prueba su tolerancia cultural. En una comunidad más “simple”, por ejemplo, se aceptan como normales prácticas y emociones que en un contexto más “civilizado” se señalan como disfuncionales.¹ Cobra relevancia aquí la propuesta de Eugenia Catalina Casillas Arista, para quien es necesaria la integración de disciplinas, enfoques y tratamientos que posibiliten entender y atender una realidad confusa como la vivida por las personas consumidoras de psicoactivos, en conversación con las instituciones públicas y privadas, con los gobiernos y con los ciudadanos. Esta alternativa resuena con la ofrecida por María del Pilar Rodríguez Martínez, quien plantea la necesidad de promover estrategias de prevención, comprometer a los actores sociales, generar recursos y trascender el enfoque centrado en la rehabilitación. Asimismo, Dulce Valencia Vega se refiere a la necesidad del diálogo de saberes que admitan nuevas comprensiones del mundo de las adicciones.

Las afecciones del espíritu, como el miedo, la vergüenza, la repulsión, la desesperanza y la congoja, también son constitutivos antropológicos, mundos emocionales que están allí, instalados en nuestra condición humana, agazapados tras los velos de las emociones convenientes a las lógicas de la vida social. Todas las afecciones del espíritu tienen cabida en nosotros. Todos y todas tenemos secretos íntimos e intransferibles que ocultamos hasta al ser más amado, pero allí están, furtivos, acallados y, por fortuna, invisibles.

1. Esto se asemeja a lo que pasa en la actualidad (2024 —tercera década del siglo XXI—) con el concepto de obesidad: se es obeso con menos peso que hace algunas décadas. O a lo que sucede con las prescripciones de lactancia materna, que dependen de las condiciones nutricionales de las poblaciones; así, en las comunidades africanas en condición de precariedad, la libre demanda del neonato va hasta los dos años, mientras que en Europa, esa libre demanda va hasta los cuatro meses. En este caso, se trata de diferencias socioeconómicas que se traducen en prescripciones y proscripciones nutricionales que, escudadas en la ciencia, favorecen experiencias distintas con la lactancia.

Empero, no todos y todas logramos ese ocultamiento, no siempre conseguimos ingresar en el contenedor que reorienta las emociones y las conduce hacia el bien último esperado. No, para algunas personas no es soportable, ni comprensible ni interpretable el deseo hegemónico de un mudo feliz que se apalanca en la productividad, en identidades sustituidas por el lugar en el engranaje. Por esta razón, ante la pregunta “¿Quién eres?” se responde: “Una profesora del ITESO” o “Un arquitecto”. De alguna manera, el yo se desdibuja en la función.

Y allí, en esa imposibilidad de encajar en el molde, emerge otra circunstancia muy humana: el rebosamiento, la exploración de algo más allá, la búsqueda del sentido de la vida que no siempre logra otorgar el proyecto sociocultural. Con otras palabras, Briones Casillas nos dice que el adicto está en la búsqueda de la vida y que al resultar infructuosa, llega a las drogas. En este sentido, se impone la necesidad de saltar del pentagrama y de ingresar en el vértigo de la caótica, de la vulnerabilidad, un universo sensible que ha sido negado.

El adicto asume entonces los costos de la expulsión del “paraíso”: la estigmatización de la identidad, valga decir, el abandono del lugar protegido para ingresar en el no lugar de la sanción; la pérdida de seguridades sociales manifiestas en la inscripción institucional, con la consiguiente salida de la manada y la añoranza de la reinscripción en la familia y en el sistema educativo; y el desconocimiento como una subjetividad asistida por emociones con potenciales materiales y simbólicos —capacidad de agencia, dirá Gómez Gómez— ya que la separación del programa social reduce todo el ser a una sola condición (la de adicto), ocultando, desestimulando, omitiendo y negando la pluralidad de la existencia y de la vida. El adicto y la adicta entregan así sus trayectorias y deviene en seres sin historia.

Como se ha expresado aquí, no hay en la propuesta sociocultural un lugar para todas las presencias. Sin embargo, a manera de regulación, la propuesta ofrece alternativas de consumo como opción de permanencia. Nadie se forja solo, se talla solo; nadie se hace adicto solo, como una decisión autónoma exenta de complicidades. Es en el concurso del contexto, en la cotidianidad de la existencia y en la participación en las dinámicas socioculturales, “mientras le buscamos la comba al palo”, cuando se arman rutinas de vida contra la vida misma. Estamos allí, hechos de la juntura con los otros, como lo expresa Octavio Paz en su poema *Piedra de sol*:

[...] nunca la vida es nuestra, es de los otros,
la vida no es de nadie, todos somos
la vida —pan de sol para los otros,
los otros todos que nosotros somos—,
soy otro cuando soy, los actos míos
son más míos si son también de todos,
para que se pueda ser he de ser otro,
salir de mí, buscarme entre los otros,
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia,
no soy, no hay yo, siempre somos nosotros [...]

Los consumos son muchos, la sociedad es de consumo, el capitalismo es consumismo, el cuerpo es un gran objeto de consumo. Es el consumo el gran soporte del sistema y no obstante, no todos los consumos ocupan el mismo lugar moral en ese sistema. Hay, en todo

esto, un interjuego fatal: ofrecimientos, estímulos, prohibiciones —la forma más efectiva de seducción—, castigos y señalamientos.

Los consumidores son necesarios mientras produzcan para seguir consumiendo. En el momento en que ya no puedan hacerlo, serán “idesechables!”. Con este adjetivo fatal, con frecuencia usado en Colombia, se califica a quien se desmarcó del sistema por la vía de los consumos proscritos. Pero ¿qué se desecha? Aquello que ya no resulta útil. El consumidor deja de ser sujeto y pasa a ser objeto, desposeído de toda humanidad, de toda historia y de toda voluntad.

El miedo, la vergüenza y la repugnancia son las emociones que funcionan como látigo para alejarnos del contagiado: miedo ante la posibilidad real y contundente de llegar a ser eso que nos pueda expulsar; vergüenza de ese otro que fue nuestro y que desacató el mandato social, y repulsión por la evidencia de eso que también somos. De manera muy significativa, miedo, vergüenza y repulsión ante ese ser arrojado que muestra la condición efímera del ser humano, que desnuda la conciencia de muerte que queremos evitar y que exhibe la vulnerabilidad de un mundo que promete eternidad.

¿Quién es, pues, un adicto? Es la nota por fuera del pentagrama que anuncia que no hay un mundo feliz, que el mecanismo puede ser alterado. Es alguien expuesto en su deseo, en sus secretos y en sus búsquedas. Es un ser que, expulsado del proyecto sociocultural, se debate en el encubrimiento de algunas emociones mediante otras más llevaderas. El adicto es ese que también somos.

Para terminar, vale la pena detenerse en la alternativa plasmada en el capítulo de Elba Noemí Gómez Gómez, Casimiro Arce Arriaga y Frida de la Paz Avila, la cual se asienta en la literatura de Alcohólicos Anónimos —información facilitada a través de una entrevista a Antonio Urueta. Urueta afirma que por medio de la literatura de Alcohólicos Anónimos se estimula la reflexión permanente de los miembros de ese grupo y se difunden y fomentan sus ideales. La literatura es un medio terapéutico y espiritual que busca dar a conocer su mensaje de esperanza, sobriedad y bienestar.

Invito pues, a una lectura comprometida del libro que aquí nos convoca, la cual nos permitirá ampliar la mirada y reconocer el universo complejo que rodea las experiencias humanas; se requieren diversos saberes, muchas conversaciones, mucha escucha y muchísimos ojos para vislumbrar otros mundos también posibles.